

# Tema 1: El Espíritu Santo: fuente de la virtud cristiana

## Primera sesión

### Ideas fundamentales:

- Las virtudes no son un camino de autorrealización, sino la obra de Dios en nosotros para hacernos semejantes a Jesucristo.
- Dios nos santifica a través del Espíritu Santo con una santidad plena y que implica al hombre entero: “Espíritu, alma y cuerpo”.
- El Espíritu Santo transforma nuestra mente y nuestra voluntad, para amar la voluntad de Dios para nosotros.

### Desarrollo

A lo largo de este curso, pretendemos abordar las virtudes cristianas. Trataremos de explicar tanto el verdadero significado de cada una de ellas, qué es lo que son, como los medios que disponemos para adquirirlas, vivirlas e incrementarlas. Cuando pensamos en las virtudes cristianas, es fácil pensar en actos heroicos que el cristiano debe realizar. Podemos creer que el cristiano debe conquistar este imperativo moral por sí solo, con su fuerza de voluntad, como si las virtudes fueran una cuestión de puños. Aunque la posesión de las virtudes requiere nuestra colaboración, ciertamente, no es ni lo primero, ni lo más importante. La virtud cristiana, aunque nos pueda extrañar, no es nunca la conquista del cristiano. Eso sería un mero moralismo normativo o un voluntarismo estéril, que terminaría cansándonos y desesperándonos. Como sucede en toda acción del cristiano, de modo especial en los actos virtuosos, lo primero y más importante es siempre la acción de Dios. Por eso, en este primer tema sobre las virtudes, vamos a detenernos en la acción de Dios en cada uno de nosotros, que por medio de su Espíritu nos configura con Cristo, modelo de todas las virtudes.

Ciertamente, encontramos la perfección de la vida virtuosa en Nuestro Señor Jesucristo, hombre perfecto. Contemplando la vida de Cristo aprehendemos la vida virtuosa a la que estamos llamados. Sin embargo, Dios no ha querido ofrecernos simplemente el ejemplo de Cristo, sino que también nos ha dado su Espíritu, el Espíritu Santo, para que obre en nosotros la virtud de Cristo. El crecimiento en la virtud, que desea nuestro corazón y que pretendemos abordar a lo largo de este curso, es, en definitiva, el crecimiento en santidad. Esta santidad no es obra del hombre, sino que es don de Dios, que por medio del Espíritu Santo, nos santifica, identificándonos con Cristo. Precisamente por esto, el primer tema, antes de entrar en las virtudes, aborda la vida en el Espíritu, como fuente de la vida virtuosa.

Uno de los grandes maestros de la vida en el Espíritu es San Pablo. En su vida y en sus cartas encontramos cómo actúa el Espíritu Santo en el cristiano. Precisamente en la primera carta que escribió, la primera carta a los Tesalonicenses, el Apóstol dedica los capítulos 4 y 5 a animar a la santidad. Ahora bien, como Dios mismo es el que llama a los cristianos a la santidad, “esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” (1 Tes 4,3), Dios mismo es el que da a los cristianos esa santidad: “El que os llama es fiel, y él lo realizará” (1 Tes 5,24). Es decir, es Dios mismo el que nos da la posibilidad de vivir las virtudes para que seamos santos. Además, el modo mediante el cual el Dios fiel nos santifica es otorgándonos el Espíritu Santo. De hecho, el versículo inmediatamente

anterior dice: “Que el mismo Dios de la paz os santifique totalmente, y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo, se mantenga sin reproche hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo.” (1 Tes 5,23).

Lo primero que llama la atención es que hay grados en la santidad, porque Dios desea santificarnos “totalmente”. Esto es, Dios quiere para nosotros una santidad grande, completa. Y en segundo lugar, es llamativo que Pablo habla de nuestro ser entero como “espíritu, alma y cuerpo”. Sí, nuestro ser entero, completado por Dios, ya no es sólo nuestro ser natural compuesto de alma y cuerpo, sino que Dios le añade por gracia el Espíritu. Este Espíritu, guiando la totalidad de nuestro ser, nos capacita para vivir una vida santa, practicando las virtudes. Además, San Pablo ordena muy bien los distintos elementos que componen nuestro ser entero, porque habla de “espíritu, alma y cuerpo”. Da la impresión de que el Apóstol implícitamente nos dijera que el Espíritu está llamado a gobernar el alma, es decir, nuestro entendimiento, voluntad, afectividad, para que el alma gobierne al cuerpo. Sólo cuando el Espíritu dirige nuestra alma y ésta dirige nuestro cuerpo, sólo entonces, podemos vivir las virtudes.

San Pablo habla en otros pasajes de este don divino, el Espíritu, que completa nuestra naturaleza, nos capacita para la virtud y nos perfecciona. De hecho, 1 Cor 2,6-16 habla de los “perfectos” como aquellos que habiendo recibido el Espíritu de Dios, poseen una sabiduría especial, “una sabiduría no de este mundo”. Se trata de una sabiduría que “nos reveló Dios por medio del Espíritu”, que distingue al hombre meramente natural, del hombre “espiritual”, es decir, del hombre, que posee el Espíritu de Dios y vive guiado por Él. El Espíritu permite que el hombre “natural”, es decir, conforme a su mera naturaleza, se convierta en hombre “espiritual”, es decir, abierto al Espíritu de Dios. Este hombre “espiritual” percibe las cosas espirituales y, por tanto, puede vivir las virtudes, que son espirituales. Y entendiendo las cosas espirituales, “el hombre espiritual lo juzga todo, mientras que él no está sujeto al juicio de nadie. (...) Pues bien, nosotros tenemos la mente de Cristo”. El que acoge en su ser el Espíritu, que es el Espíritu de Cristo, posee la mente de Cristo, posee la sabiduría de Dios. Entonces sí que lo puede juzgar todo, porque el Espíritu se convierte en el principio interior de su conocimiento.

Ahora bien, el Espíritu no sólo nos ayuda a entender, sino que también nos ayuda a actuar, en definitiva a vivir. San Pablo, en otro texto, nos vuelve a hablar de este don del Espíritu, que completa al hombre, transformándolo, de natural en espiritual. Se trata de 1 Cor 15,42-49, en el que Pablo pone en paralelo a Adán, el primer hombre, que era meramente “hombre natural”, con Cristo, el último y definitivo Adán, que ya es “hombre espiritual”. Jesucristo recibió plenamente el Espíritu y dejó que ese Espíritu gobernara en todo momento su alma y su cuerpo, hasta el punto de decir: “no se haga mi voluntad, sino la Tuya”. Jesús, precisamente por esta docilidad total al Espíritu, es modelo de todas las virtudes. Pero el texto de la carta a los Corintios, afirma también que “el último Adán es Espíritu que da vida”. Es decir, Jesucristo, que ha acogido plenamente al Espíritu, nos lo da a nosotros para que también nosotros podamos ser “hombres espirituales” y para que el Espíritu haga en nosotros la misma obra bella que hizo en él, para que también nosotros podamos vivir las virtudes de Cristo. Llama la atención que San Pablo afirme del Espíritu que es el “Espíritu que da vida”. Este Espíritu, por tanto, no simplemente ayuda a entender, sino que “vivifica”, nos da las fuerzas necesarias para vivir auténticamente, para vivir una vida santa, una vida virtuosa.

Ahora bien, esta nueva humanidad fruto del Espíritu, que nos capacita para discernir y para actuar transformando realmente nuestra persona, depende de nuestra relación con el Espíritu. Nuestro crecimiento en la vida cristiana, nuestro incremento en la vida virtuosa que pretendemos a lo largo de este curso, depende del tipo de relación que tengamos con el Espíritu. Depende, en definitiva de si el Espíritu gobierna nuestra alma y cuerpo, o de si nosotros queremos gobernar al Espíritu. Además, esa relación con el Espíritu es gradual, es decir, puede aumentar progresivamente o puede, incluso disminuir o apagarse. San

Pablo, en la carta a los Gálatas habla a cristianos ya convertidos y evangelizados, a “espirituales”, es decir, cristianos que ya han recibido el Espíritu. Y a ellos les dice: “vigílate a ti mismo, no sea que también tú seas tentado” (Gal 6,1). Utiliza la segunda persona del singular para ser más incisivo y así poder advertir de que los que hemos recibido el Espíritu podemos permitir que cada vez reine más en nuestra vida, o, por el contrario, podemos impedir que actúe en nuestra vida. De esta respuesta libre al Espíritu Santo depende nuestro crecimiento en la virtud, depende, en definitiva, nuestra santidad.

## Textos

“Sabiduría, sí, hablamos entre los perfectos; pero una sabiduría que no es de este mundo ni de los príncipes de este mundo, condenados a perecer, sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria. Ninguno de los príncipes de este mundo la ha conocido, pues, si la hubiesen conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria.

Sino que, como está escrito: *Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman.* Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu; pues el Espíritu lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios. Pues, ¿quién conoce lo íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre, que está dentro de él? Del mismo modo, lo íntimo de Dios lo conoce solo el Espíritu de Dios.

Pero nosotros hemos recibido un Espíritu que no es del mundo; es el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos los dones que de Dios recibimos. Cuando explicamos verdades espirituales a hombres de espíritu, no las exponemos en el lenguaje que enseña el saber humano, sino en el que enseña el Espíritu. Pues el hombre natural no capta lo que es propio del Espíritu de Dios, le parece una necedad; no es capaz de percibirlo, porque solo se puede juzgar con el criterio del Espíritu. En cambio, el hombre espiritual lo juzga todo, mientras que él no está sujeto al juicio de nadie. «¿Quién ha conocido la mente del Señor para poder instruirlo?». Pues bien, nosotros tenemos la mente de Cristo.”

*Primera carta a los corintios 2, 6-16*

“El Espíritu injerta la ‘raíz de la inmortalidad’, de la que brota la nueva vida, esto es, la vida del hombre en Dios que, como fruto de su comunicación salvífica por el Espíritu Santo, puede desarrollarse y consolidarse solamente bajo su acción. (...) Bajo el influjo del Espíritu Santo madura y se refuerza este hombre interior, esto es, ‘espiritual’. Gracias a la comunicación divina el espíritu humano que ‘conoce los secretos del hombre’, se encuentra con el Espíritu que ‘todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios’. Por este Espíritu, que es el don eterno, Dios uno y trino se abre al hombre, al espíritu humano. El soplo oculto del Espíritu divino hace que el espíritu humano se abra, a su vez, a la acción de Dios salvífica y santificante. Mediante el don de la gracia que viene del Espíritu, el hombre entra en ‘una nueva vida’, es introducido en la realidad sobrenatural de la misma vida divina y llega a ser ‘santuario del Espíritu Santo’, ‘templo vivo de Dios’. En efecto, por el Espíritu Santo, el Padre y el Hijo vienen al hombre y ponen en él su morada. En la comunión de gracia con la Trinidad se dilata el ‘área vital’ del hombre, elevada a nivel sobrenatural por la vida divina. El hombre vive en Dios y de Dios: vive ‘según el Espíritu’ y ‘desea lo espiritual’”.

JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, 58.

“Es verdad que esta confianza en lo invisible puede producirnos cierto vértigo: es como sumergirse en un mar donde no sabemos qué vamos a encontrar. Yo mismo lo experimenté tantas veces. Pero no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos!”

FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 280.

“El Espíritu Santo, como fuerte huracán, hace adelantar más en una hora la navicilla de nuestra alma hacia la santidad, que lo que nosotros habíamos conseguido en meses y años remando con nuestras solas fuerzas”.

SANTA TERESA DE JESÚS.

### Preguntas para llevar a la vida.

- ¿Qué luces para tu vida has encontrado en los textos que has leído? ¿Qué te han sugerido o que te ha llamado la atención en ellos?

Pueden ayudarte también estas otras preguntas:

- El Espíritu, como muestra el texto de San Pablo, nos permite poseer la mente de Cristo para discernir mejor. ¿Has experimentado alguna vez al Espíritu en tu vida? ¿Cuándo y cómo? ¿Invocas al Espíritu Santo para que te ayude a discernir y te asista en tus decisiones?
- Como hemos visto, Dios mismo nos regala su Espíritu para que habite en nosotros este Espíritu y nos transforme por dentro. ¿Acoges al Espíritu en tu vida para que te acompañe y te dirija? ¿En qué sentidos te puede perfeccionar el Espíritu? ¿Estamos dispuestos a dejarnos cambiar? ¿Estamos dispuestos al trabajo del Espíritu en nosotros?
- La vida conducida por el Espíritu puede producir cierto vértigo, ¿confías en Él y te dejas sorprender?
- El Espíritu Santo también es fuerza que nos vivifica y nos ayuda a crecer en la virtud. ¿Crees que el crecimiento en la virtud depende sólo de tus fuerzas? ¿Crees, de verdad, que el Espíritu te puede hacer más virtuoso?

## Segunda sesión

### Ideas fundamentales:

- Las virtudes se adquieren mediante la docilidad al Espíritu Santo. Para aprender esta docilidad es muy importante el discernimiento y, para esto, el acompañamiento espiritual.
- Las virtudes, como Ley del Espíritu, se contraponen a la Ley de la carne o del pecado.
- El Espíritu Santo acude en ayuda de nuestra debilidad y nos configura con Jesucristo como hijos en el Hijo.

### Desarrollo

La reunión pasada concluíamos subrayando la importancia de nuestra relación con el Espíritu. En esta segunda reunión vamos a tratar de precisar un poco mejor en qué consiste dicha relación y cómo podemos fomentarla. De este modo, el Espíritu Santo nos podrá santificar facilitándonos el crecimiento en la virtud.

El capítulo octavo de la carta de San Pablo a los Romanos ha sido titulado como “la vida en el Espíritu”. En él, el Apóstol Pablo delinea las características principales de la verdadera vida espiritual. La primera particularidad es que afecta a la totalidad de la vida. De hecho, san Pablo habla de “seguir una conducta” (v. 4) y el verbo griego que emplea implica el significado de “caminar”, “comportarse”, “vivir”. Además, en el v. 14, describiendo esta vida espiritual, afirma que afecta a “todos los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios”. El “dejarse guiar”, en primer lugar, no está acotado por ningún adverbio, luego afecta a la totalidad de la vida. En segundo lugar, el verbo “dejarse guiar” está expresado en pasiva, es decir, es el Espíritu, que habita en el cristiano, el que guiando la totalidad de la vida, la convierte en vida espiritual. Esto conlleva que, la totalidad de la vida, guiada por el Espíritu, es el lugar donde se desarrollan las virtudes. Las virtudes no son compartimentos estanco, una separadas de otras o en relación con sólo algunos momentos de la vida, sino que están interrelacionadas entre sí y se viven en la totalidad de la vida. La vida en el Espíritu, que Pablo propone, trata de evitar toda división o ruptura en la vida para que todo momento sea ocasión de vivir la virtud.

Esta vida según el Espíritu se opone, según San Pablo, a la vida según la carne. Son contradictorias hasta tal punto, que la primera genera vida, vida verdadera aquí en la tierra, y vida eterna en el cielo, mientras que la segunda genera muerte (v. 6). Los frutos de la vida según el Espíritu, según Gal 5,22, son “amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí”. Ciertamente, San Pablo no cita las virtudes, que se enumeraron y desarrollaron posteriormente en la Iglesia, pero implícitamente hace referencia a ellas. Ahora bien, toda actitud movida por lo que el Apóstol llama “la carne”, es decir, todo lo que se enfrenta al Espíritu, se opone radicalmente a las virtudes.

La totalidad de la vida, guiada según el Espíritu, está regulada por una nueva ley, la ley del Espíritu. De hecho, los profetas habían prometido una nueva alianza basada en una nueva ley. Por eso, Rm 8,2 habla de “la ley del Espíritu que libera del pecado y de la muerte”, es decir, de la vida según la carne. Se trata de una manera de explicar que esta nueva ley consiste en dejarnos llevar por el Espíritu. La docilidad al Espíritu se convierte en la regla del actuar cristiano. Y cuando seguimos esta regla nos libera de nuestro pecado y practicamos la virtud. De hecho, la fiesta judía de Pentecostés recordaba la entrega de la ley por parte de Dios a su pueblo. Y es precisamente en esa fiesta, cuando Dios da a su pueblo el Espíritu, la nueva ley.

Las mociones del Espíritu son, por tanto, fundamentales, puesto que, si las seguimos, producen en nosotros las virtudes teologales y cardinales. Para ello, necesitamos no sólo la docilidad al Espíritu, sino también el discernimiento espiritual que nos ayuda a reconocer la moción del Espíritu. El que normalmente actúa movido por el Espíritu sabe actuar y discernir porque por la costumbre, por el hábito, y la rectitud de intención, tiene las facultades ejercitadas en el conocimiento del bien y del mal (Heb 5,11-14). El acompañamiento espiritual da la capacidad de discernir lo que es grato a Dios, lo que es bueno, lo que Él quiere, sanando y afinando la percepción moral del creyente. El Espíritu, que es el Amor de Dios, nos hace percibir por sus mediaciones, con lúcida agudeza, lo que es grato al Amado.

Ahora bien, aunque es necesario discernir la nueva ley, que son las insinuaciones del Espíritu, también es verdad que San Pablo indica algún contenido de la misma. Siendo la vida cristiana la vida de Cristo en nosotros, tiene su norma última y definitiva en la caridad con que Cristo se ha entregado a sí mismo en la cruz. La caridad misma de Cristo, un amor que está más allá de lo que es posible al hombre, pero que se comunica al hombre, es la norma de la ética cristiana. Concretando un poco más, San Pablo describe esta ley del Espíritu en el capítulo 12 de la misma carta a los Romanos, que se le suele llamar “el culto espiritual”. Allí, Pablo habla de “ofrecerse a sí mismo” (Rm 12,1); de una “transformación de la mente” (Rm 12,2), es decir, de un cambio de mente, de criterios, de valores; de un discernimiento continuo del actuar y de la voluntad (Rm 12,1); de la humildad (Rm 12,3); de la caridad como adhesión al bien (Rm 12,9); de caridad con todos los hombres sin acepción de personas (Rm 12,17); de obediencia a la autoridad (Rm 13) no sólo por temor al castigo sino también porque dicha autoridad viene de Dios; e incluso habla del apostolado como una liturgia espiritual (Rm 15,16). Es decir, el “culto espiritual” es la vida entera ofrecida según el Espíritu.

Esta culto espiritual tiene como fruto la vida virtuosa porque configura con Cristo, que es el hombre virtuoso. De hecho, el Espíritu da la “vida en Cristo Jesús” (Rm 8,2) porque poseemos el “Espíritu de Cristo” (Rm 8,9), que es la fuente del Espíritu. A lo largo de todo el capítulo octavo, San Pablo alterna expresiones como “nosotros en el Espíritu” y “nosotros en Cristo”, “el Espíritu en nosotros” y “Cristo en nosotros” para subrayar esta inhabitación divina: el que recibe el Espíritu de Cristo es configurado con Cristo mismo. Esta configuración con Cristo por el Espíritu, que se convierte en nuestro principio vital, nos permite acoger las virtudes de Cristo que nos capacitan para vivir la vida virtuosa del cristiano. De este modo, el cristiano conoce interiormente todos los acontecimientos de Cristo. Todo el misterio de Jesús se hace interior al hombre.

El Espíritu no sólo nos configura con Cristo, sino que siendo éste el Hijo, nos hace hijos del Padre en el Hijo. Rm 8,14 dice: “todos los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios”. El cultivo de la virtud no se basa en nuestra autocomplacencia o deseo de superación, sino en la inmensa gracia recibida; es una exigencia de nuestra vocación de hijos de Dios. Además, esta filiación divina es el modelo del actuar cristiano. El Espíritu Santo nos hace vivir como hijos, fundamentados en la confianza filial. ¡Cuánto crecemos en la virtud cuando confiamos en Dios, nuestro Padre! ¡Y qué poco crecemos cuando vivimos como “esclavos” que están obligados a cumplir! Es entonces, cuando vivimos como hijos, cuando nos convertimos en coherederos de Cristo, es decir, heredamos su misma vida, su misma virtud, su misma gloria, aunque nos cueste algún sufrimiento (Rm 8,17).

La norma de los hijos de Dios no permanece externa e impuesta extrínsecamente a la libertad del hombre. Se trata de una ley inscrita en el corazón por el Espíritu. Llega a ser una especie de instinto interior. Toda la vida cristiana está inspirada, gobernada y dominada por las insinuaciones que el Espíritu produce dentro de nosotros. Por consiguiente, la ética cristiana es la ética de la comunión: de la comunión del hombre con Dios, que le lleva a la comunión del hombre con el resto de hombres mediante la caridad. La acción del bautizado no se sitúa, por tanto, en la autonomía, sino en la comunión con el

Espíritu; no en el apoyarse en sí mismo, sino en el dejarse guiar en confianza filial. Precisamente por la importancia de esta comunión con Dios, es fundamental la oración, el diálogo con Dios. Como somos débiles, es necesario pedir la virtud, en diálogo amoroso. “El Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables.” (Rm 8,26). La profundidad de la acción del Espíritu en nuestra persona se manifiesta, de modo particular, en la plegaria. Cuando acudimos a la oración y dejamos que el Espíritu ore en nosotros, el Espíritu nos da la fuerza para vivir la virtud.

## Textos

“La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha librado de la ley del pecado y de la muerte. (...) Pues los que viven según la carne desean las cosas de la carne; en cambio, los que viven según el Espíritu, desean las cosas del Espíritu. El deseo de la carne es muerte; en cambio el deseo del Espíritu, vida y paz. (...) Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros; en cambio, si alguien no posee el Espíritu de Cristo no es de Cristo. (...) Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: «¡Abba, Padre!». Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; de modo que, si sufrimos con él, seremos también glorificados con él.”

*Carta a los Romanos 8,1-17*

“Por desgracia, la resistencia al Espíritu Santo, que San Pablo subraya en la dimensión interior y subjetiva como tensión, lucha y rebelión que tiene lugar en el corazón humano, encuentra en la época moderna su dimensión externa. Encuentra su máxima expresión en el materialismo, ya sea en su forma teórica –como sistema de pensamiento- ya sea en su forma práctica –como método de lectura y de valoración de los hechos- y además como programa de conducta correspondiente... Cuando, bajo el influjo del Paráclito, los hombres descubren la dimensión divina de su ser y de su vida, son capaces de liberarse de los diversos determinismos derivados principalmente de las bases materialistas del pensamiento”.

JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, 56.

“El Espíritu Santo me abre a Dios; me enseña a orar y me ayuda a estar disponible para los demás. El ‘huésped silencioso de nuestra alma’, así llama san Agustín al Espíritu Santo. Quien quiera percibirlo debe hacer silencio. Con frecuencia este huésped habla bajito dentro de nosotros, por ejemplo en la voz de nuestra conciencia o mediante otros impulsos internos y externos. Ser ‘templo del Espíritu Santo’ quiere decir estar en cuerpo y alma a disposición de este huésped, del ‘Dios en nosotros’. Nuestro cuerpo es por tanto, en cierto modo, el cuarto de estar de Dios. Cuanto más nos abramos al Espíritu Santo en nosotros, tanto más se convertirá en maestro de nuestra vida, tanto más nos concederá también hoy sus carismas para la edificación de la Iglesia. De este modo, en lugar de las obras de la carne, crecerán en nosotros los frutos del Espíritu”.

*Youcat* § 120.

“Si quieres empezar a poseer la luz de Dios, ora; si ya estás empeñado en el ascenso de la perfección y quieres que esa luz aumente en ti, ora; si quieres la fe, ora; si quieres la

esperanza, ora; si quieres la caridad, ora; si quieres la pobreza, la obediencia, la castidad, la humildad, la mansedumbre, la fortaleza, ora. Cualquiera virtud que tú desees, ora. Cuanto más tentado seas, tanto más debes perseverar en la oración”

BETA ANGELA DA FOLIGNO.

### Preguntas para llevar a la vida.

- ¿Qué luces para tu vida has encontrado en los textos que has leído? ¿Qué te han sugerido o que te ha llamado la atención en ellos?

Pueden ayudarte también estas otras preguntas:

- La vida en el Espíritu es descrita por Pablo como la totalidad de la misma, vivida según el Espíritu. ¿Restringes tu vida espiritual a las prácticas espirituales o tratas de relacionar éstas con la totalidad de tu vida? ¿Cómo?
- En el seguimiento de Cristo, ¿vives como esclavo o como hijo?
- La vida según la carne, que se opone a Dios y a la virtud, adquiere formas concretas en nuestra sociedad, ¿en qué aspectos concretos te ves influido por el materialismo? ¿Te das cuenta de cómo nos afecta el materialismo y nos aleja de la virtud?
- El Espíritu habita en nosotros y quiere ayudarnos, pero ¿haces silencio para escuchando sus insinuaciones? ¿Qué te impide atender y seguir sus indicaciones?
- La vida espiritual está basada en la comunión con Dios, que se cuida especialmente con la oración, ¿fomentas tu oración personal? ¿Llevas tu vida a la oración, pidiendo las virtudes, especialmente las que más te cuestan?